

Elizalde abogó una revisión exagerada de los libros del homeopatía, y realizó esto con el rigor absoluto.

Incapaz aceptar el reduccionismo de los organicistas y de los científicistas y los excesos de un Kentismo dogmático y no productivo que no sabía desarrollarse, él emprendió la tarea de repasar las obras clásicas y de precisar los muchos baches epistemológicos en las recopilaciones homeopáticas.

Su intensidad y determinación asertiva en abogar sus puntos de vista accionaron numerosas discusiones (algunas de ellas sanas, otras solamente fueron reacciones desproporcionadas) en las audiencias que él se dirigió.

Sin embargo, sus provocaciones tenían un propósito didáctico y específico. Después de todo, él era un experto en el mayéutica (el arte de Sócrates de los estudiantes de enseñanza a pensar) y, con esta técnica, él impulsó a estudiantes desafiar siempre a sus profesores.

Obviamente, esta subversión activa y permanente de la orden establecida le aseguró una fuente enorme de enemigos. Sin embargo, esto lo hizo solamente para seguir siendo un luchador de la “discusión permanente”.

Por otro lado, él también dejó a muchos amigos y estudiantes, que, oscilando entre la inquietud y la angustia, vieron en estas nuevas perspectivas los estímulos para la investigación.

Según Elizalde, homeopatía todavía está desarrollo científico y su madurez requerirá un esfuerzo permanente y vigilante de muchas generaciones de homeópatas.

Como un amigo, un estudiante e interlocutor de sus ideas, mi primera reacción, cuando oí hablar de su muerte, era seguir siendo silenciosa. La segunda reacción era percibir cómo era injusto, el vacío que se había creado por el hecho de su muerte.

La tercera reacción fue la siguientes: era sentirme como cuando uno escribe algo a alguien que esta a punto de ser anestesiada y no sabe si esa persona despertará o no.

Los homenajes tienen el problema serio generalmente de permanecer lejos de alcanzar la importancia de la persona honrada.

Así pues, no prohibirme una licencia poética, yo no haré ningún homenaje.

Estaré abierto y confirmaré que solo escribo esto porque necesito hacerlo.

Él era no sólo un homeópata brillante, además un filósofo de la

salud, y si, puedo decir esto así porque, era de una diversa magnitud.

El Dr. Masi reconstruyó la significación de homeopatía moderna (y ya no importa quién la percibió o no), y con su furia iconoclasta condujo a millares de gente en nuestra América latina marginal, alcanzando otros continentes.

El contraste más llamativo es considerar cómo un iconoclasta de su clase se permitió que fuera afectado por sus asociados.

Sí, porque tomamos el riesgo de interpretar: ¿quién era él?, que buscaba en discusiones: interlocuciones críticas, con inteligencia cáustica, la discusión de revolvimiento. Cada gota de rebelión la predicó él, requiriendo un esfuerzo doble de los que lo rodearon.

En muchas situaciones, atestiguamos su furia de amonestación; que no fue solamente para sus adversarios (es que simplemente miraba como si cada uno fuera un adversario) pero lo hacía contra nosotros, que no habíamos alcanzado su refinamiento crítico y brillante, para no hablar de su no-conformismo benévolo.

No era difícil convenir con él. Sin embargo, discutir con alguien de su experiencia y divergir alguien con su exactitud analítica eran un privilegio especial. De la mayoría de las personas que podían opinar sobre su persona, este era un filósofo, él dijo a mucha gente, entre quienes yo estaba, que para la mayoría sería muy reconocido, y tal vez esto fuera posible, y por otra parte, era mejor decir que sería permitido y deseable, ser un iconoclasta.

Él era único. Sus ideas son iconoclastas. Si respetamos jerarquía, debemos tener la dignidad constante de silencioso restante y dejamos a sus adversarios ocupar este boquete precioso con la venganza del sameness. Pues no respetamos jerarquías, preferimos sus propias palabras poéticas: **“nuestra primera invención es nuestra propia vida”**. Bien hecho, Masi.

M.D. Paulo Rosenbaum

